

Madeline  
Miller

**CIRCE**

Traducido del inglés por Jorge Cano Cuenca  
y Celia Recarey Rendo

Título original: *Circe*

Primera edición: 2019

Octava reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2018 by Madeline Miller

© de la traducción: Jorge Cano Cuenca y Celia

Recarey Rendo, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)



ISBN: 978-84-9181-412-2

Depósito legal: M. 2.348-2019

Printed in Spain

*Para Nathaniel*  
νόστος



# 1

---

Cuando nací, no había palabra para lo que yo era. Me llamaron ninfa, suponiendo que sería como mi madre, mis tías y mil primas. Las últimas de las diosas menores: nuestros poderes eran tan modestos que apenas nos garantizaban la eternidad. Hablábamos con los peces y alimentábamos a las flores, extraíamos agua de las nubes y sal de las olas. Esa palabra, *ninfa*, marcaba el alcance y la envergadura de nuestros futuros. En nuestra lengua no solo significa ‘diosa’, sino también ‘novia’.

Mi madre era una de ellas, una náyade, guardiana de manantiales y ríos. Llamó la atención de mi padre cuando este vino a visitar los aposentos de su padre, Océano. En aquellos días, Helios y Océano frecuentaban mutuamente sus mesas. Eran primos, y de igual edad, aunque no lo parecía. Mi padre refulgía como el bronce recién fraguado, mientras que Océano había nacido con los ojos llorosos y una barba blanca que le llegaba al regazo. Sin embargo, ambos eran titanes y preferían su mutua compañía a la de aquellos extravagantes dioses nuevos del Olimpo que no habían visto la creación del mundo.

El palacio de Océano era una maravilla, incrustado en lo hondo de la roca terrestre. Sus salones de elevados arcos estaban recubiertos de oro; sus suelos de piedra, pulidos por siglos de pisadas divinas. En cada estancia se oía el leve rumor del río de Océano, fuente de todas las aguas dulces del mundo, tan oscuro que era imposible

distinguir dónde terminaba el río y empezaba el lecho rocoso. En sus orillas crecían hierba y flores de un gris suave, y también los inúmeros hijos de Océano: náyades, ninfas y dioses de los ríos. Esbeltos y relucientes como nutrias, riendo con sus rostros esplendurosos en la penumbra, se pasaban copas de oro entre sí y luchaban en amorosos juegos. Y en medio de ellos, eclipsando toda aquella nívea belleza, se sentaba mi madre.

Su cabello era de un castaño cálido, cada mechón tan lustroso que parecía iluminado desde dentro. Debió sentir la mirada de mi padre, ardiente como las llamaradas de una hoguera. La veo colocarse el vestido, buscando el pliegue exacto sobre sus hombros. La veo sumergir los dedos, relucientes, en el agua. La he visto hacer esos trucos mil veces. Mi padre siempre se dejaba seducir por ellos. Creía que el orden natural del mundo era complacerlo a él.

—¿Quién es esa? —le preguntó mi padre a Océano.

Océano ya tenía muchos nietos con los ojos dorados de mi padre, y le alegró la idea de tener más.

—Mi hija Perse. Es tuya, si la quieres.

Al día siguiente, mi padre la encontró junto a su manantial, en el mundo terrenal. Era un lugar hermoso, repleto de narcisos de pesada cabeza, con un dosel de ramas de roble. No había fango, ni ranas viscosas, solo impolutos cantos rodados que daban paso a la hierba. Incluso mi padre, a quien no le interesaban nada las artes de las ninfas, lo admiró.

Mi madre sabía que vendría. Era frágil pero astuta, con la mente de una anguila de dientes afilados. Veía por dónde discurría el camino hacia el poder para las de su clase, y no era por los bastardos ni por los revolcones a la orilla del río. Cuando se plantó ante ella, en toda su gloria, se rio de él. *¿Acostarme contigo? ¿Por qué habría de hacer tal cosa?*

Mi padre, por supuesto, podría haber tomado por la fuerza lo que deseaba. Pero Helios presumía de que todas las mujeres estaban deseando yacer con él, esclavas y deidades por igual. Sus alta-

res humeaban con las pruebas de ello: ofrendas de madres con grandes barrigas y felices adulterinos.

—Será matrimonio —le dijo ella— o nada. Y si es matrimonio, puedes estar seguro: podrás yacer con las muchachas que quieras en los campos, pero no traerás a ninguna a casa, pues solo yo seré quien mande en tu palacio.

Condiciones, restricciones. Era algo novedoso para mi padre, y nada les gusta más a los dioses que la novedad.

—Trato hecho —le dijo, y le dio un collar para cerrarlo, un collar que había creado con cuentas del más raro ámbar. Después, cuando yo nací, le dio un segundo collar, y otro por cada uno de mis tres hermanos. No sé qué suponía un tesoro mayor para ella: si las luminosas cuentas o la envidia de sus hermanas cuando las lucía. Creo que habría seguido coleccionándolas por toda la eternidad, hasta que pesasen sobre su cuello como un yugo sobre el de un buey, si los dioses superiores no la hubiesen detenido. Para entonces habían descubierto qué éramos nosotros cuatro. Puedes tener más hijos, le dijeron, pero no con él. Pero otros maridos no regalaban cuentas de ámbar. Fue la única vez que la vi llorar.

Cuando nací, una tía —os ahorraré su nombre porque mi historia está llena de tías— me lavó y me envolvió. Otra atendió a mi madre, repasando el rojo de sus labios, cepillando su cabello con peines de marfil. Una tercera abrió la puerta para dejar pasar a mi padre.

—Es una niña —le dijo mi madre, arrugando la nariz.

Pero a mi padre no le importaba tener hijas, que eran de temperamento dulce y doradas como el primer zumo de las olivas. Hombres y dioses estaban dispuestos a pagar muy bien la oportunidad de procrear con su estirpe y se decía que la de mi padre podía rivalizar con la del mismo rey de los dioses. Posó su mano sobre mi cabeza para bendecirme.

—Hará un buen matrimonio —dijo.

—¿Cómo de bueno? —quiso saber mi madre. Si podía cambiarme por algo mejor, podría ser un consuelo.

Mi padre reflexionó, toqueteando mis mechones, examinando mis ojos y el corte de mis mejillas.

—Con un príncipe, creo.

—¿Un príncipe? —dijo mi madre—. ¿No querrás decir con un mortal?

La repulsión se hizo evidente en su rostro. Una vez, de joven, pregunté cómo eran los mortales. Mi padre me dijo:

—Se podría decir que tienen la misma forma que nosotros, pero solo en igual medida en que un gusano tiene la misma forma que una ballena.

Mi madre lo había explicado con más sencillez: *como sacos salvajes de carne podrida*.

—Sin duda se casará con un hijo de Zeus —insistió mi madre. Ya había empezado a imaginarse en fiestas en el Olimpo, sentada a la derecha de la reina Hera.

—No. Tiene el pelo moteado como un lince. Y mira qué barbilla: demasiado afilada para resultar agradable.

Mi madre no siguió discutiendo. Como todo el mundo, conocía las historias sobre el carácter de Helios cuando se enojaba. *Por dorado que brille, no olvides su fuego*.

Se puso en pie. Su barriga había desaparecido, su cintura había vuelto a marcarse, sus mejillas estaban frescas y de un rosa virginal. Todas las de nuestra clase nos recuperamos rápidamente, pero ella era aún más rápida, una de las hijas de Océano que paren a sus hijos como si fuesen huevas.

—Vamos —dijo—. Hagamos una mejor.

Crecí rápido. Fui bebé cuestión de horas; niña apenas unos momentos después. Una de mis tías se quedó con nosotras, con la es-

peranza de granjearse el favor de mi madre, y me llamó *Halcón*, Circe, por mis ojos amarillos y el extraño y agudo sonido de mi llanto. Pero, cuando se dio cuenta de que mi madre no apreciaba sus servicios más de lo que apreciaba el suelo bajo sus pies, se esfumó.

—Madre —dije—, la tía se ha ido.

Mi madre no respondió. Mi padre había partido ya en su carro celestial y ella estaba trenzándose el pelo con flores, preparándose para ir, a través de los caminos secretos del agua, a unirse con sus hermanas en las orillas verdes del río. Podría haberla seguido, pero tendría que haberme sentado a los pies de mis tías mientras ellas cotilleaban sobre cosas que no me interesaban y no podía entender. Así que me quedé.

Los aposentos de mi padre eran oscuros y silenciosos. Su palacio era vecino del de Océano, enterrado en la roca, y sus muros eran de obsidiana pulida. ¿Por qué no? Podrían ser de cualquier cosa: de mármol rojo sangre traído de Egipto o de árbol de bálsamo de Arabia; mi padre solo tenía que desear que así fuese. Pero le gustaba la forma en que la obsidiana reflejaba su luz, el modo en que su resbaladiza superficie se prendía en llamas cuando él pasaba. Por supuesto, no tenía en cuenta lo negra que era cuando él no estaba. Mi padre nunca ha podido imaginar el mundo sin su propia presencia en él.

En esas ocasiones podía hacer lo que me apeteciese: encender una antorcha y correr para ver cómo sus oscuras llamas me seguían. Echarme en el suave suelo de tierra y practicar pequeños agujeros con los dedos. No había larvas ni gusanos, aunque tampoco los conocía como para darme cuenta de su ausencia. Nada vivía en aquellas dependencias, salvo nosotros.

Cuando mi padre volvía por la noche, el suelo se erizaba como el flanco de un caballo y los agujeros que yo había hecho se deshacían. Un momento después regresaba mi madre oliendo a flores. Corría a saludarlo y él dejaba que se le colgase del cuello, aceptaba

su vino y se instalaban en su gran sillón de plata. Yo iba tras sus pasos. *Bienvenido a casa, Padre, bienvenido a casa.*

Mientras bebía su vino, jugaba a las damas. Nadie tenía permitido jugar con él. Colocaba las fichas de piedra, giraba el tablero y las colocaba de nuevo. Mi madre empapaba su voz en miel.

—¿No vienes a la cama, mi amor?

Se giraba ante él, lentamente, exhibiendo la exuberancia de su figura como si se estuviese asando en un espetón. La mayoría de las veces él abandonaba la partida, pero en ocasiones no lo hacía, y esas eran mis favoritas, porque mi madre se iba, golpeando la puerta de mirra tras de sí.

A los pies de mi padre, el mundo entero estaba hecho de oro. La luz procedía de todas partes al mismo tiempo: de su piel amarilla, de sus ojos centelleantes, del bronce refulgente de su cabello. Su carne estaba caliente como un brasero, y yo me acercaba todo lo que él me dejaba, como un lagarto sobre una roca a mediodía. Mi tía me había dicho que algunos de los dioses menores apenas podían soportar mirarlo, pero yo era su hija, su sangre, y contemplaba su rostro durante tanto tiempo que, cuando apartaba la mirada, seguía impreso en mi visión, brillando sobre los suelos, las relucientes paredes y las mesas con incrustaciones, hasta en mi propia piel.

—¿Qué pasaría —dije— si un mortal te viese en toda tu gloria?

—Ardería en cenizas en un segundo.

—¿Y si un mortal me viese a mí?

Mi padre sonrió. Escuché como se movían las damas, el familiar roce del mármol contra la madera.

—El mortal se consideraría afortunado.

—¿No lo quemaría?

—Por supuesto que no —dijo.

—Pero mis ojos son como los tuyos.

—No —dijo él—. Mira. —Su mirada se posó sobre un tronco que había junto a la chimenea. Se iluminó, luego se prendió en lla-

mas y luego se derramó, convertido en cenizas, por el suelo—. Y ese es el menor de mis poderes. ¿Puedes hacer eso?

Miré fijamente aquellos troncos toda la noche. No podía.

Mi hermano nació poco después de mi hermana. No recuerdo exactamente cuánto tiempo transcurrió. Los días de los dioses caen como el agua de una catarata, y aún no había aprendido el truco mortal de contarlos. Se podría esperar que mi padre nos educase mejor al respecto; al fin y al cabo, ha visto todos los amaneceres. Pero hasta él solía referirse a mi hermano y a mi hermana como «gemelos». Y es verdad que, desde el día que nació mi hermano, estuvieron abrazados como si fueran un par de hurones. Mi padre los bendijo con un gesto de la mano.

—Tú —se dirigió a mi hermana Pasífae, tan radiante— te casarás con un inmortal hijo de Zeus.

Lo dijo con su tono profético, el mismo con el que se refería a los hechos que habrían de acontecer en el futuro. Mi madre resplandeció al oírlo, pensando en las vestimentas que llevaría en los festejos que celebraría Zeus.

—Y en tu caso —le dijo a mi hermano, con su voz habitual, resonante y clara como una mañana de verano—, todo hijo es reflejo de su madre.

Estas palabras complacieron a mi madre, tanto que interpretó que con ellas le estaba dando permiso para ponerle nombre. Y lo llamó Perses, a partir de su propio nombre.

Ambos eran perspicaces y no tardaron en entender cómo funcionaban las cosas. Les encantaba mirarme con desdén tras sus garras de armiño. *Sus ojos tienen el color amarillo del pis. Su voz chirría tanto como la de una lechuza. La llaman Halcón, pero deberían llamarla Cabra de lo fea que es.*

Esas fueron sus primeras pullas, aún tentativas torpes, pero que irían afilándose con el transcurso de los días. Aprendí a esquivarlas,

y no tardaron en encontrar víctimas más propiciatorias en los salones de Océano, entre las pequeñas náyades y los jóvenes señores de los ríos. Cuando mi madre se iba con sus hermanas, ellos la seguían y despleaban su dominio sobre todos nuestros dóciles primos, que quedaban hipnotizados como pececillos ante las fauces de un lucio. Habían inventado un centenar de juegos con los que los atormentaban.

—Ven aquí, Melia —decían persuasivos—. Ahora la moda en el Olimpo es cortarse el pelo hasta la nuca. No vas a encontrar marido si no nos dejas cortarte el pelo.

Cuando Melia se vio esquilada como un erizo y rompió a llorar, el eco de sus carcajadas resonó en todas las cuevas.

Yo les dejaba hacer. Prefería los tranquilos salones de mi padre y pasaba todo el tiempo que podía a sus pies. Un día, quizá como recompensa, me preguntó si quería ir con él a ver su rebaño de vacas sagrado. Suponía un gran honor: significaba que podía montar en su carro de oro y ver aquellos animales, que eran la envidia de todos los dioses; cincuenta novillas del blanco más puro que le servían de deleite en el recorrido que, cada día, llevaba a cabo sobre la tierra. Me incliné sobre el enjoyado lateral del carro, contemplando maravillada cómo la tierra iba pasando por debajo: los ricos y verdes bosques, las escarpadas montañas y la inmensidad azul del vasto océano. Me fijé por si veía mortales, pero estábamos demasiado altos para poder verlos.

El rebaño estaba en la isla de Trinakia, de abundantes pastos, al cuidado de dos de mis hermanas de padre. Cuando llegamos, mis hermanas corrieron al encuentro de mi padre y se colgaron de su cuello, entre gritos de alegría. De toda la hermosa progenie de mi padre, ellas se encontraban entre las más bellas, con esa piel y ese pelo que parecía oro fundido. Se llamaban Lampetia y Faetusa: la ‘Radiante’ y la ‘Resplandeciente’.

—¿Quién es esta que viene contigo?

—Por los ojos debe de ser hija de Perse.

—¡Claro!

Lampetia (creo que fue ella) me acarició el pelo.

—Cariño, no te preocupes por tus ojos. En absoluto. Tu madre es muy hermosa, aunque nunca haya destacado por su fuerza.

—Mis ojos son como los vuestros —dije.

—¡Qué graciosa! No, mi amor, los nuestros relucen como el fuego y nuestro pelo es como el brillo del sol en el agua.

—Haces bien en llevar el pelo recogido en una trenza —dijo Faetusa—. Así no se ven tan feos los mechones castaños. Es una pena que no puedas disimular tu voz de la misma manera.

—Podría no volver a hablar nunca más, ¿no? ¿No crees que eso funcionaría, hermana?

—Podría ser —sonrió—. ¿Vamos a ver las vacas?

Nunca había visto una vaca antes, de ningún tipo, pero no importaba: esos animales eran tan evidentemente hermosos que no necesitaban comparación. Sus pieles eran puras, como pétalos de lirio; sus ojos, amables y de largas pestañas. Sus cuernos estaban cubiertos de oro —esa era la tarea que mis hermanas tenían a su cargo— y, cuando se inclinaban para morder la hierba, sus testuces se hundían como bailarines. A la luz del atardecer, sus lomos relucían con un suave lustre.

—¡Oh! —dije—, ¿puedo tocar una?

—No —respondió mi padre.

—¿Quieres saber sus nombres? Esa es Blancacara; esa, Ojosbrillantes, y aquella, Encanto. Allí están Amorosa, Hermosa, Cuernodorado y Brillo. Esa es Encanto y esa es...

—¿Encanto no era otra? —repliqué—. Dijiste que esa de allí era Encanto. —Y señalé a la primera vaca, que rumiaba plácidamente.

Mis hermanas se miraron la una a la otra, luego a mi padre, con una sola mirada dorada, pero él contemplaba sus vacas, abstraído en su gloria.

—Te equivocas —respondieron—. Encanto es esta que hemos dicho. Esta es Brillodestrella y esa Destello y...

—¿Qué es eso? —interrumpió mi padre—. ¿Bella tiene una costra?

—¿Cómo? —En un instante mis hermanas se estaban desviviendo—. ¿Una costra? ¡Imposible! Bella, qué traviesa eres, que te has hecho daño. ¡Qué mala eres! ¡Te has hecho daño!

Me acerqué para verla: era una costra muy pequeña, más pequeña que la uña de mi dedo meñique, pero mi padre estaba que echaba humo.

—Quiero que esté solucionado para mañana.

—Claro, claro. —Mis hermanas asintieron con la cabeza—. Lo sentimos muchísimo.

Subimos de nuevo al carro y mi padre asió las riendas rematadas en plata. Mis hermanas le besaron las manos por última vez y entonces los caballos brincaron y nos llevaron con su balanceo a través del cielo. Por entre los tenues rayos de luz comenzaban a asomar las primeras constelaciones.

Me acordé de que mi padre me había contado una vez que en la tierra había hombres a los que llamaban astrónomos cuya tarea era consignar cuándo él aparecía sobre el horizonte y cuándo desaparecía en el ocaso. Los mortales los tenían en gran estima, los tenían en palacios como consejeros de los reyes, pero a veces mi padre se entretenía en esto o en aquello y les descuadraba todos sus cálculos. Entonces esos astrónomos eran presentados como reos ante los reyes a los que servían y ejecutados por farsantes. Mi padre sonreía al contármelo: se lo merecían, apostilló. Helios no se sometía más que a su propia voluntad, y nadie iba a decirle lo que tenía que hacer.

—Padre —dije entonces—, ¿vamos tan tarde como para matar astrónomos?

—Sí, hija —respondió, sacudiendo las tintineantes riendas. Los caballos aceleraron el paso y el mundo se iba volviendo cada vez más borroso, las sombras de la noche surgían como humo desde el borde final del mar. No quise mirar. Algo se retorció en mi pecho,

como si estuvieran estrujando un paño hasta escurirlo. Pensaba en aquellos astrónomos. Me los imaginaba pequeños como gusanos, hundidos y encorvados.

—¡Por favor! —lloraban, arrodillados sobre sus huesudas rodillitas—. No ha sido un error nuestro: ha sido el sol, que se ha retrasado.

—El sol nunca se retrasa —replicaban los reyes sentados en sus tronos—. Eso es blasfemia: ¡moriréis por ello!

Y entonces caía el filo del hacha y aquellos hombres suplicantes acababan cortados por la mitad.

—Padre —dije—, me siento rara.

—Tendrás hambre —contestó—. Se nos ha hecho tarde para el banquete. ¡Vergüenza deberían tener tus hermanas por hacernos llegar tarde!

Cené bien, pero la sensación no desapareció. Debía de tener una expresión rara en mi rostro, porque Perses y Pasífae comenzaron a soltarme pullas desde su diván.

—¿Qué te pasa? ¿Te has tragado un sapo?

—No —respondí.

Mi respuesta solo avivó sus risas. Se frotaban mutuamente las piernas, cubiertas por las túnicas como serpientes lamiéndose las escamas. Mi hermana me preguntó:

—¿Y cómo eran las novillas doradas de nuestro padre?

—Hermosas.

Perses soltó una carcajada.

—¡No se entera de nada! ¿Has visto a alguien tan tonto?

—Nunca —contestó mi hermana.

No debería haber preguntado, pero seguía inmersa en mis pensamientos, viendo aquellos cuerpos partidos en dos, esparcidos sobre los suelos de mármol.

—¿De qué no me entero?

—De que se las folla —dijo mi hermana con su perfecta cara de hurón—, por supuesto. Así es como consigues vacas nuevas. Se con-

vierte en toro y engendra terneras con ellas, luego cocina las que se hacen viejas. Por eso todos piensan que son inmortales.

—No hace eso.

Se rieron a carcajadas, señalando mis mejillas enrojecidas. El ruido despertó la atención de mi madre. Le encantaban las bromas de mis hermanos.

—Le contábamos a Circe lo de las vacas —le dijo mi hermano—. No lo sabía.

—¡Qué tonta es Circe! —soltó mi madre con una risa, plateada como el agua de un manantial derramándose por la roca.

Así pasaban mis años por entonces. Me gustaría poder decir que, durante toda esa época, estuve esperando para escaparme de allí, pero la verdad, me temo, es que me habría dejado llevar por la corriente, creyendo que esas estúpidas miserias eran todo lo que había, hasta el fin de los días.